

# ALMENDARES PARK



## Adios a "Almendares Park"

Por Carlos Robreño

"Las torres que desprecio al aire fueron a su gran pesadumbre se rindieron".

Así cantó el poeta y este proceso inevitable que en el ser humano va desde la cuna a la tumba, alcanza también a las cosas.

El histórico "Almendares Park" no podía ser desde luego, la excepción.

Al influjo avasallador del urbanismo y el progreso, desapareció aquel glorioso escenario de tantas y tantas hazañas deportivas. Ciertamente que por aquella época, mediados de 1915, la situación económica cubana era en extremo precaria. Por otra parte, nuestro entusiasmo por el base ball, después de las brillantes campañas contra los teams de Liga Grande parecía que empezaba a declinar, a pesar de que entonces surgían nuevos y valiosos atletas que habrían de ofrecer en el futuro brillantes demostraciones.

Como en aquella época se vencía el contrato de arrendamiento de que disfrutaba el conocido deportista Eugenio Giménez, sus propietarios, los hermanos Zaldo aprovecharon la ocasión para no renovarlo y parcelar dicha extensión de terreno con fines urbanísticos.

¡Así desapareció "Almendares Park", sepultado bajo sus escombros todo un pasado glorioso!

No fueron esos grounds cuna del base ball cubano, pues tal privilegio estuvo reservado a los terrenos del club "Habana", situados en la calle Linea, en el Vedado, en la manzana donde hoy se ha levantado el Hospital Municipal de Maternidad y en uno de cuyos parques aledaños se ha erigido un busto de Emilio Sabourin con objeto de recordar a las generaciones venideras el nombre de quien fuera gran deportista y abnegado patriota, ya que sabido es que murió por la libertad de Cuba en las oscuras mazmorras de un presidio africano.

Pero si ese "Almendares Park", ubicado en el ángulo de terreno que forman las calzadas de Carlos III y Ayestarán, en cuyo vértice existía un viejo caserón que en tiempos del general Wood se convirtió en Laboratorio Na-

cional, no pudo ostentar el orgullo de haber disfrutado de las primicias de nuestro base ball, podía sin embargo vivir satisfecho de que sobre su histórico diamante realizaron dos generaciones de atletas cubanos dedicados a dicho deporte sus más emocionantes hazañas y muchas de las más grandes figuras norteamericanas clavaron los spikes de sus zapatos sobre su verde césped.

En tiempos de la colonia, cuando sometidos al yugo esclavo del tirano en el pecho de todo cubano palpitaba el ansia infinita, pero mantenida en secreto de librarse de aquellas cadenas ignominiosas, los terrenos de "Almendares Park" servían para que con pretexto de practicar tal deporte una juventud mantuviese sus músculos vigorosos en espera del hermoso día que al mágico conjuro de la palabra de Martí habrían de correr de nuevo los cubanos a la manigua heroica para conquistar su libertad con el filo del machete. Así sucedió en el devenir de los meses, en el que el base ball cubano ofreció a la causa de la independencia muchas de sus más destacadas figuras.

Y aquellas moñas rojas y azules que a la terminación de cada game, las damitas madrinas de los teams prendían del pecho del atleta más sobresaliente del día representaban también un homenaje, que las autoridades españolas no adivinaban, a los colores de la bandera que más tarde habría de flotar al aire victoriosamente en la carga épica. De ambas maneras: material y espiritualmente, el base ball brindaba su aporte valioso al común ideal de redención.

En los días azarosos de la guerra iniciada en Baire, "Almendares Park" cerró sus puertas al clásico deporte. Permaneció esperando en silencio el regreso triunfal de los que un día abandonaron el bate y la mascota del pelotero, desde Méndez hasta Miñoso, tantas horas un soldado de la Libertad.

Y llegó el dorado instante. Ciertamente que la victoria de las armas cubanas se veía un tanto opacada por un proceso de ocupación militar norteamericana, pero ya habíase roto el yugo del coloniaje y la independencia absoluta era, sin duda alguna, una realidad cercana.

Tras un triunfo al cual habían cooperado con igual denuedo y abnegación los blancos y los negros no podían existir barreras discriminatorias de ningún género y el base ball cubano, mucho antes que el norteamericano, fue quien dió ese paso al frente en el problema de igualdad racial. Por la amplia puerta de "Almendares Park" hicieron su entrada los atletas de piel oscura que después, en el futuro, desde Méndez hasta Miñoso, tantas horas de gloria habrían de ofrecer a Cuba.

Y los históricos grounds siguieron siendo escenario de notables hazañas y brillantes campañas. Las promociones juveniles creadas por Mr. Early, primeramente que constituyó aquel "Almendares" tan cubanísimo y los "Canillitas rojos", que organizó Almeida después. Los 27 escones consecutivos de Méndez al "Cincinnati"; el "no hit" en 11 innings de Pedroso al Detroit de la Liga Americana; las derrotas a manos criollas de aquellos invencibles Elefantes Blancos del Filadelfia que acababan de alcanzar el Campeonato Mundial; el apogeo de Marsans y Almeida; el nacimiento deportivo de Luque, Miguel Angel González y Cristóbal Torriente, tres figuras cimeras del base ball cubano y tantos reñidos campeonatos otorgados por fuertes "trabucos".

Todos esos hechos ornamantes, todas esas hazañas que un día hicieron palpar de emoción el corazón de nuestros fanáticos quedaban detrás, recogidos indudablemente con letras de oro por el libro de la Historia. Mas lo cierto es que "Almendares Park" desapareció y dejaba a la Habana, la gran capital deportiva sin unos grounds dignos de tal nombre que sirvieran de marco a las demostraciones de sus grandes figuras peloteriles.

No obstante, a pesar del tiempo transcurrido, cuando un viejo habanero transita por tales lugares ya urbanizados, entrecierra los párpados y al compás de los recuerdos ve vagar sombras gloriosas de nuestro pasado beisbolero oye los ecos, quizás algo apagados de una ovación. Es acaso la multitud que todavía aplaude a Julián Castillo, porque con un soberbio batazo se llevó de aire las cercas de las gradas de sol.